

# El Prof. Eugenio Tutor Larrosa. Maestro de espíritu inquieto e incansable

Luis Miguel SENDER PALOMAR

Área y Museo de Paleontología. Facultad de Ciencias. Universidad de Zaragoza. E-50071 Zaragoza. España.

Conocí a Eugenio Tutor una tarde de otoño de 2002, cuando el catedrático de Paleontología, D. Eladio Liñán, me lo presentó en una de las reuniones de la Sociedad de Amigos del Museo Paleontológico de la Universidad de Zaragoza. En aquel momento, yo acababa de licenciarme en Ciencias Geológicas y hacía pocos meses que me había incorporado al Área y Museo de Paleontología como becario de investigación museística. Eladio me comentó que Eugenio era un profesor emérito de la Facultad de Veterinaria que, aunque ya retirado, todavía mantenía una gran pasión por las ciencias naturales en general y por la Malacología en particular. Por este motivo, él se había ofrecido desinteresadamente a emprender la tarea de clasificar la extensa colección de conchas de moluscos que posee la colección Longinos Navás de Ciencias Naturales, cuyos fondos están siendo gestionados por la Universidad de Zaragoza-Gobierno de Aragón.

Hacia ya 10 años que gracias a la labor de Eugenio se pudo exponer una parte de la colección de conchas reunidas por el padre Longinos Navás en la sala museística que lleva su mismo nombre. Por aquel entonces, había inventariados unos 250 ejemplares, y aparentemente poco podía hacerse ya. Pero Eugenio se llevó una gran alegría cuando, al investigar en los fondos almacenados, aparecieron miles de nuevos ejemplares, muchos de ellos sin ningún tipo de identificación ni



Figura 1. El Prof. Eugenio Tutor recibiendo el premio Aragonia 2007 en la cena anual de la SAMPUZ, el 15 de diciembre de 2007.

etiqueta de procedencia. A otra persona este hecho le hubiera supuesto una catástrofe, ya que, sin referencias de ningún tipo, aquella labor de clasificación parecía algo ingente. Pero no para Eugenio, que acometió dicha empresa con gran ilusión y dedicación.

Por razones de salud, convinimos que el personal del Museo restauraría el material encontrado y lo pondría a su disposición para que él lo clasificara. Así, durante casi dos años, dos veces por semana, me encargaba de prepararle un cargamento de ejemplares de la colección. Él siempre me recibía con un fuerte apretón de manos, con una amplia y amistosa sonrisa y con la inquietud que proporciona la ilusión de lo desconocido, de poder ver por primera vez algo que nadie había visto desde hacía muchos años.

A pesar de su edad y de algunos momentos muy duros relacionados con su estado de salud, Eugenio ponía tanta pasión en lo que hacía, y tanto le envolvía la sed de conocimiento, que era capaz de quedarse hasta altas horas de la madrugada investigando en los volúmenes de su biblioteca privada para dar con la determinación exacta de un ejemplar concreto. Como buen naturalista, la ilusión del descubrimiento se reflejaba en sus ojos, y no dejaba nunca de asombrarse y regocijarse ante cada nuevo hallazgo, ante aquel raro ejemplar que en ocasiones pasaba por sus manos. Sus conocimientos eran tan extensos que, con un simple vistazo, era capaz de apreciar de inmediato la importancia de un ejemplar dado. Su dedicación a esta tarea

fue tal que consiguió clasificar más de 1.000 conchas de moluscos de todo el mundo, algunas de ellas pertenecientes a ejemplares extremadamente raros.

Las conversaciones alrededor de aquellas conchas eran auténticas clases magistrales, en las que además resaltaba su gran interés por la conservación del patrimonio aragonés; pero también daban para mucho más, ya que Eugenio era una persona afable y sincera. Cada vez que coincidíamos, siempre encontraba un momento para comentarme sus vivencias durante su época docente, hablarme de las personas que había conocido a lo largo de su vida y de las curiosas e interesantes historias que le habían ocurrido en su consulta de veterinario (y que por ser tantas dieron incluso para una recopilación en un libro que él mismo escribió), de sus viajes a jornadas, asambleas y congresos, de su gran interés por el cine científico, y de la pasión que sentía por su familia.

De mi experiencia con él, sólo me cabe decir que Eugenio Tutor fue un hombre íntegro, muy inteligente, y con un gran corazón; un caballero que respetaba e infundía respeto, y una persona con mayúsculas, de esas que marcan y a las que vale la pena conocer porque te llenan con su sabiduría y su espíritu.

Siempre te recordaremos y honraremos, Eugenio, porque siempre estarás vivo en nuestro corazón y en nuestro pensamiento.

Hasta siempre amigo...



Foto: Águeda Tutor Monge y Manuel Nuño Frías.

Figura 2. Gabinete privado del Prof. Eugenio Tutor, donde llevó a cabo sus últimos trabajos para la ciencia.